

El kitsch en el socialismo*

Iván Slávov

Expresar los intereses del pueblo quiere decir elevar sus demandas, y no orientarse según los gustos y opiniones atrasados.

LUNACHARSKI

Nosotros, en general, hemos superado la cómoda tesis no-dialéctica de que todo lo que contradice el ideal socialista y el modo socialista de vida es «supervivencia del pasado». Porque, si por un instante nos situáramos en esa posición, tendríamos que poner en duda las fuerzas activas del socialismo, puesto que más de tres décadas él no se ha desembarazado de al menos aquellos excesos del gusto filisteo que son blanco constante de nuestra propaganda. La frágil materia de los conejitos de yeso, los perros de aguas esmaltados, los gobelinitos, las flores artificiales y los muñecos folclóricos, ha resistido el asalto de las encolerizadas plumas de periodistas y científicos del arte, y el *kitschman*** triunfa por encima de las amenazas, limitaciones y altisonantes llamados a una cruzada contra el mal gusto. ¿Por qué «todavía» sus muestras se propagan tranquilamente por vitrinas y estantes de tiendas, y lo nuevo como estilo se abre paso con dificultad? ¿Por qué

* «Kichet pri sotsializma», en: I. S., *Kichet (fenomenologuiia, fizionomika i prognostika)*, Sofía, Narodna Mladzheh, 1977, pp. 230-243. Se publica con ligeras modificaciones y sustanciales adiciones introducidas por el autor en una variante enviada al editor. Reproducida en: I. S., *El Kitsch. Fenomenología, fisionomía y pronóstico*, La Habana-Sofía, Arte y Literatura-Sviat, 1989, trad. del búlgaro por Carlos Ramos Machado, pp. 238-248.

** N. del T.: *Kitschman*: representante del gusto kitsch. *Kitsch*: palabra alemana intraducible, que ha entrado en la terminología estética internacional para designar el arte (el pseudoarte) de mal gusto y el mal gusto en general.

2 Iván Slávov

«todavía» se le hace publicidad al mal gusto de una manera rebosante de mal gusto? ¿En nombre de quien y para qué se dilapidan recursos en una producción kitsch innecesaria y absurda, si la sociedad socialista y su cultura la rechazan? ¿Qué clase de supervivencias son éstas, que sobreviven a los que las niegan? Si algo solicitado, quiere decir que, de manera real o ilusoria, satisface alguna necesidad. ¿Dónde está la explicación de estas anomalías, cuando sin cesar se dice y se escribe que «todo en el hombre debe ser hermoso», acorde con «las leyes de la belleza», pero el kitsch desfila casi sin obstáculos por tiendas, vitrinas, libros y hasta exposiciones?

De todo culpamos al sufrido filisteísmo, esa variante folclorizada de Mefistófeles, creada en la retorta de la imaginación publicística. Todo lo que estorba nuestra elevación espiritual y cultural, se explica mediante el omnipotente filisteísmo. Además, nunca se le identifica social o personalmente, y se yergue común blanco de aprendizaje para periodistas, sociólogos, filósofos y estéticos en la fase inicial de su carrera. Pero una mirada a la génesis y las causas del aparición del kitsch en el socialismo nos preservará de la unilateralidad del enfoque puramente denunciador.

Ya en el principio hemos establecido que la cultura y el arte como elemento representativo de la vida espiritual en las sociedades presocialistas, son elitarios. La industrialización y las transformaciones sociales cortan la raíz del folclor, y el proletariado urbano no dispone de la posibilidad de crear un arte integral, multilateral, y correcto desde el punto de vista profesional. En los primeros años de la revolución socialista se entretejen tendencias artísticas heterogéneas, en las que el arte típicamente proletario no ha hallado aún su forma adecuada. En la conocida resolución del PCR(b) del año 1925 sobre las cuestiones de la cultura, el Partido declara categóricamente que no reconoce como puramente proletaria ninguna de las corrientes y escuelas existentes, ni se compromete con ninguna de ellas. El agudo choque entre las agrupaciones estéticas, la funesta influencia del Proletkult, y la lucha enérgica de Lenin y sus compañeros de lucha por la consolidación de un arte verdaderamente socialista, son el fondo sobre el que se dibujan los contornos de la futura cultura de toda la humanidad.¹

En semejante colosal viraje de la historia mundial, los procesos no transcurren en una forma ideal: lo nuevo choca con lo atávico, la concien-

¹ Véase nuestro artículo «Lenin i novoto proletarsko izkustvo», revista *Problemi na izkustvoto*, 1970, nº 1.

cia socialista no logra filtrar por entero las orientaciones pequeñoburguesas, las que, a su vez, recurren al mimetismo y son eliminadas con dificultad.

Casi todo el país es filisteo, aldeano —escribe Lunacharski sobre los primeros años después del triunfo de la revolución—, nosotros lo pusimos en estado de máxima vacilación. Estamos llevando a cabo una lucha con las oscuras fuerzas de los vacilantes. En esto, el arte debe ser nuestro constante auxiliar.

Pero, ¿qué arte? El viejo está academizado y es oficioso, el folclor está vuelto hacia el pasado, y lo clásico difícilmente podría ayudar a la comprensión de los nuevos fenómenos sociales. Indiscutiblemente, Lunacharski tiene en mente el arte democrático-revolucionario, así como los gérmenes del arte socialista. Pero, para ayudar a la transformación de las ideas estéticas de la masa, el arte no sólo debe reflejar la vida de ésta, sino también ser una parte inseparable de esa vida. La formación del modo socialista de vida es un proceso prolongado, que en algunos aspectos continúa hasta ahora. Por eso, mientras éste no ha sido edificado definitivamente y el arte socialista no cubre todo el perímetro cultural, a una parte considerable de las masas el «arte» filisteo le resulta más afín. Él se apoya en la tradición, la rutina y el conservadurismo de los gustos, no exige esfuerzos para su comprensión, y propone «deleite».

En las épocas de viraje, la conciencia de las masas se desarrolla de una manera increíblemente rápida, pero en algunos aspectos lo hace de manera desigual: entre las ideas políticas del obrero y su gusto estético no hay un nexo obligatorio, o al menos en los primeros tiempos no funciona impecablemente. Puesto que todavía no han sido creadas condiciones socialistas en todas las esferas de la vida social y cultural, aparecen lugares «en blanco» o «yermos» que el gusto rutinario cubre. Desprendiéndose de sus fuentes primeras directas—el modo de vida y la mentalidad pequeñoburguesas como un todo—, el carácter rutinario del pensamiento, el conservadurismo, el carácter estereotipado de las emociones y el gusto artístico primitivo forman un archipiélago flotante del kitsch, que se introduce en territorios ajenos. Él es particularmente peligroso, porque, a diferencia de las ideologías, las teorías y los principios propagados, no guerrea, no se impone por fuerza, sino que penetra suavemente y sin hacer ruido. Su aliado son los atavismos, las recidivas en la conciencia socialista, o como dice Lenin: «Rusia ha hecho tres revoluciones, pero, a pesar de todo, se han quedado los oblómov, puesto que Oblómov era no sólo terrateniente,

4 Iván Slávov

sino también campesino, y no sólo campesino, sino también intelectual, y no sólo intelectual, sino también obrero y comunista.»²

Precisamente ese «oblomovismo», así como la inmadurez de la propia conciencia socialista, son la base psicológico-social de la propagación del kitsch en la nueva sociedad.

Por una parte están la inercia, los clichés, las formas resistentes del «arte» folclorizado y banalizado pequeñoburgués, considerado por los gustos acrílicos un patrón de belleza, y por otra, los audaces intentos de edificar un arte verdaderamente nuevo, toda vía incomprendible para las masas y para parte de la intelectualidad proletaria. Los audaces experimentos de Maiakovski, Meyerhold, Eisenstein y el VJUTEMAS,³ que inauguraron en el mundo «la genial época soviética», como la han llamado algunos científicos burgueses del arte, obtuvieron mucho más tarde el reconocimiento de las masas. Por eso, la exposición de la AJRR⁴ que se abrió en 1925, no sólo no expresa el nuevo espíritu socialista en el arte, sino, como testimonia I. Ehrenburg, inicia

la contraofensiva del naturalismo, el costumbrismo [*bitovizem*], las formas académicas, el decoro, y el afán de simplificación de aquella convencionalidad fotográfica que, apoyándose en la exactitud de los detalles, trataba de pasar por una representación real de la vida [...] Ahora triunfa el naturalismo vulgar.⁵

En esta cita están enumerados casi todos los elementos de que se «hace» el kitsch, y si eso pasaba bajo el epígrafe de arte «revolucionario», podemos imaginarnos con cuánta dificultad se ha abierto paso la nueva línea artística socialista. Al incorporarse a la cultura las masas constituidas por millones de personas, la mayoría de las cuales

por primera vez tomaban una novela en sus manos o por primera vez iban a una exposición —señala Ehrenburg sobre el período de los años 30—, ellas no entendían de maestría, y a veces la imitación hábil les causaba admiración. A los nuevos lectores y espectadores se los podía educar, también se los podía adular, se les podía decir que ellos eran el Tribunal Supremo. Desde luego, adultores

² V. I. Lenin, *Sobr. Soch.*, t. 33, p. 197.

³ Talleres artístico-técnicos estatales superiores en el período 1920-1927.

⁴ Asociación de artistas plásticos en la Rusia revolucionaria.

⁵ I. Ehrenburg, *Jora, godini, zhivot*, t. II, p. 93.

no faltaron. Los versificadores componían versos en todo tipo de ocasión. La enciclopedia literaria explicaba que el camino iba hacia la novela de la producción, la que reemplazaría todos los demás géneros. Comenzaba a nacer aquel estilo que dominaría durante un cuarto de siglo: el estilo de la arquitectura ornamentalista, de aquellas estaciones del metro atiborradas de estatuas; de los incesantes panegíricos y de la sátira que modestamente desenmascaraba al negligente encargado de un edificio de apartamentos o al artista de espectáculos ligeros que había bebido un poco. Desde luego, en 1931 todo eso todavía se hallaba en un estado embrionario [...] la propia enciclopedia literaria escribía que «los Hamlets son inútiles para las masas» y que el proletariado «lanzó a Don Quijote al basurero de historia».⁶

Al mismo tiempo, estas brechas abiertas por el gusto pequeñoburgués y el Proletkultismo dificultan la cristalización del nuevo arte socialista y alimentan la propagación del kitsch. En la época de la guerra civil y del restablecimiento de la economía, cuando dominaba un espíritu de rigor y entrega total espartanos, no es extraño que se discutiera la cuestión «¿puede un miembro de la Juventud Comunista usar corbata?», ni que se llegara a la conclusión de que «la corbata es una horca con cuyo lazo la burguesía amenaza al joven hijo de la revolución». Pero, con la activación del elemento pequeñoburgués desde la NEP y con la penetración parcial en la conciencia proletaria de elementos ajenos a ella —costumbrismo filisteo, hedonismo consumista, envanecimiento por la posición social—, el kitsch halla un terreno propicio. Maiakovski ridiculiza a los *parvenus*, que tratan de ahogar o descomponer la revolución, en brillantes piezas satíricas como «El baño» o «La chinche», y en el poema «sobre la basura» se burla de una «dama» recién salida del cascarón, la cual declara:

¡Sin la hoz y el martillo no puede uno
presentarse en el gran mundo!
¡¿Con qué
voy yo a lucir
hoy
en el baile del Consejo Militar Revolucionario?!

⁶ I. Ehrenburg, ob. cit., t. II, pp. 215-216.

Y coloca en boca de Marx una advertencia contra las almas mezquinas, hundidas en su pantanoso confort filisteo:

¡Retuérganles
pronto a los canarios el pescuezo,
para que el comunismo
no sea vencido por los canarios!

La democratización de una cultura y su transformación socialista es un proceso largo y complejo. Todo nuevo escalón contiene un mayor porcentaje del contenido «ideal» de ella, sin llegar nunca a igualarse a éste, porque «todo lo que se desarrolla —dice Marx— es imperfecto». Por eso, durante «los primeros veinticinco años —señala I. Ehrenburg— la expansión de la cultura se efectuaba a cuenta de su profundidad; la alfabetización general condujo en los primeros tiempos a un semianalfabetismo espiritual, a una simplificación. Sólo en los años de la Segunda Guerra Mundial comenzó una nueva etapa: de profundización cultural».⁷

Pero, ¿por qué sigue existiendo el kitsch después de la solución de los problemas económicos y culturales básicos del socialismo? ¿Por qué en la fase madura del socialismo sigue existiendo en filmes, anuncios, espectáculos ligeros, libros y edificios? ¿Tiene razón el publicista cuando pregunta alarmado: «¡La revolución les da tanto a los hombres! Libertad, pan, ánimo... ¿Por qué no les da también buen gusto?»?⁸

Como hemos establecido, en el capitalismo el kitsch es un rasgo predominante de la «cultura de masas» y hasta, en parte, del vanguardismo. En nuestra sociedad, él es «*persona non grata*», pero con muchísimos protectores y adeptos. Atribuir este hecho a un malentendido, a una inadvertencia, o considerarlo sólo como un pecado del filisteísmo, es insatisfactorio desde el punto de vista científico. ¿Entonces? Si un fenómeno prospera en un medio esencialmente ajeno a él, eso quiere decir que existen algunas posiciones intermedias, grietas y fisuras, donde echa raíces. ¿Cuáles son ellas?

En nuestro país, el kitsch es producto de *influencias burguesas* (estereotipos, sensaciones esnobistas, parasitismo emocional, disipación mental, coqueteo con signos de prestigio, identificación de lo humano con lo cósmico, mercantilización de los criterios estéticos), *recidivas del gusto filisteo* y *manifestaciones del gusto neofilisteo*, manifestaciones de una

⁷ I. Ehrenburg, ob. cit., p. 232.

⁸ St. Pródev, *Chervenoto chudo*, Sofía, 1975.

actitud «consumista» e inmadurez de la *conciencia estética socialista*. Él es una señal de que en el sistema que determina la correlación entre los nuevos valores y los viejos, entre lo material y lo espiritual, lo cargado de ideas y lo divertido, existen algunas desproporciones y hasta algunos excesos. Sin estar en condiciones de cambiar la línea fundamental de la cultura socialista, éstos influyen de manera retardante o deformante sobre la conciencia estética de las masas. Pero, ¿qué es lo decisivo para la existencia del kitsch en nuestra sociedad?

Según Marx, mientras el comunismo no supere definitivamente la «especialización» del trabajo heredada del capitalismo, con los inevitables elementos de «idiotismo profesional», así como los últimos residuos del «primitivismo» de la vida rural; mientras los individuos no se emancipen definitivamente en las esferas económica y social, ni los productos dejen de ser mercancía; mientras no se edifique una conciencia comunista común sin mezcla de ideología y psicología burguesas; mientras el hombre no devenga fin último del desarrollo social, ni el arte pase a ser, de complemento de la vida, un rasgo esencial de ella, siempre habrá una amenaza potencial de deformación del ideal comunista y de su realización. Precisamente en estos «barrancos» de la existencia social echa raíces el *kitsch*.

Él es también consecuencia de la no-coincidencia, la divergencia y la contradicción entre la ideología marxista y la «conciencia corriente» de las masas más atrasadas; de la frecuente no-correspondencia entre el espíritu científico de esta ideología y los modos en que se le hace propaganda, se la difunde y se la asimila. De todos es conocido el pensamiento de Lenin de que «sin emociones humanas nunca existió, ni existe, ni puede existir la búsqueda humana de la verdad». El color emocional aumenta la fuerza de la persuasión del pensamiento, sin reemplazarlo. Cuando se cuenta principalmente con el efecto emocional, y se subestiman los principios científicos de la ideología, surge un peligro real de kitsch. Entonces, en canciones triviales por su letra y su música, se entretajan elevadas ideas, máximas y llamamientos patrióticos y partidistas; la hazaña de los héroes caídos por la libertad es ensalzada de un estilo arcaico o demasiado modernizado; piezas torpemente hechas por montaje, resuenan con notas megalomaniacas mediante exagerados voltajes o profanan valores nacionales o humano-universales con una simbología primitiva y una teatralidad infantilizada.⁹ *Cuanto*

⁹ Véase, por ejemplo, «El fuego de la libertad», programa-ritual de I. Baldzhíev, revista *Estrada*, nº 8, 1970.

más imprudentemente se simplifican las tareas político-sociales en nombre de su popularización, tanto más aumenta la amenaza de trivialización. En este caso, más que en muchos otros, es válido el principio leninista de que las masas deben ser elevadas a la altura de la ideología y no es la ideología la que debe ser adaptada a las limitaciones de las masas. Cuando el creador objetiva la «idea» en su obra en el nivel de la «conciencia corriente», se arriesga a caer en el kitsch. Esto se hace particularmente visible en la agitación visual, en la que los afichistas raras veces da muestras de ingeniosidad, laconismo y brillante sugestividad política. Para todo llamamiento, iniciativa o acontecimiento, ellos iconografían el mismo tipo de obrero con las mangas recogidas, bajo las cuales se inflan poderosos bíceps. Invariablemente, éste sostiene un libro, un martillo, una bandera o un plan desplegado y mira optimistamente hacia el futuro, representado como un sol. Lo heroico es banalizado, es rebajado hasta la simbología de la imaginación filisteo-sentimental. Como se hubieran sido escritas para ser olvidadas las palabras de Marx de que los hombres que están al frente del movimiento proletario revolucionario no deben ser representados con «coturnos», sino con severos colores rembrandtianos; como si no hubiéramos tenido maestros del afiche tales como Maiakovski, Zhendov y Angelushev, y fuéramos epígonos del Art Nouveau y del Biedermeier. ¿Cómo explicarnos la edición de un afiche tan «contemporáneo» para el Primero de Mayo, en el que el dibujo de una hoz y un martillo ha sido hecho con... rosas?¹⁰ ¿Qué clase de atrocidad versallesca-floralista es ésta con el emblema del comunismo? ¿Acaso el camino de la revolución está alfombrado de rosas y vamos a disimular con ellas la dureza acerada del martillo y la hoz? ¿O vamos a atenuar un poco el miedo de alguien por el carácter francamente revolucionario de éstos?

Ya hemos establecido que el conservadurismo, el dogmatismo y el carácter estereotipado de los gustos vegetan también en el socialismo como «debilidades humanas universales» en los medios más atrasados. Toda activación de la influencia burguesa, pero también la apatía, la indolencia mental y la inclinación al *dolce far niente*, combinados con los atavismos mencionados, traen consigo el kitsch. Éste tiene también sus raíces en el conocido tipo «híbrido» de conciencia estética: una combinación contradictoria de buena o alta cultura profesional con una «insuficiencias» estético-emocional (variante tecnocrática); una emocionalidad incontrolada que

¹⁰ Afiche «Primero de Mayo», artista V. Vladimirov, edit. estatal «Septembri», 1976.

reacciona de una manera exaltada a lo «cargado de ideas», combinada con una secreta inclinación a lo sensorial-divertido (variante filisteo-sentimental); un coqueteo de prestigio con el arte en un nivel de *hobby*, combinado con una oculta o inconsciente indiferencia hacia él (variante neofilisteo). De ahí los propietarios de enormes bibliotecas y discotecas sin un íntimo interés por el arte; otros, que han limpiado sus casas del «lastre» de la sapiencia libresca, viven en el siglo XXI según los pronósticos de Ray Bradbury en su libro *Fahrenheit 451*; y unos terceros se organizan una «feria de las vanidades» privada en un estilo neofilisteo de folclor, *design* y exportación. ¿Dónde están las causas de estas anomalías? ¿Por qué los ataques periodísticos y las altisonantes «filípicas» no han destruido hasta ahora ese «antimundo» dentro de la galaxia socialista?

Porque las cosas no llegan solamente hasta la psicología del *kitschman*, sino hasta los fundamentos objetivos de ésta: *la falta de correspondencia* —existente muchas personas de nuestra sociedad— *entre ideología y mentalidad, entre la idea de un modo de vida verdaderamente socialista y la realización unilateral o deformada de esa idea.*

Apenas en los últimos tiempos se ha vuelto actual el problema de «el modo socialista de vida». El exige una concepción científica profundizada, puesta en conformidad con las tradiciones ya consolidadas, la formación de nuevas tradiciones y la pronosticación de rasgos futuros del estilo socialista de existencia. Mientras eso no se resuelva, en el pecho de mucha gente «nueva» las frases marxistas aprendidas y los rudimentos de una conciencia comunista coexistirán con las elegías por el mobiliario y las ropas en estilo «Neckerman»;^{*} las teorizaciones sobre «lo patrio», con la orientación práctica hacia «lo importado»; y el desvanecimiento ante las obras maestras del arte, con la preferencia del kitsch. Marx, que conoció mejor que nadie no sólo el secreto del fetichismo de las mercancías, sino también el del fetichismo de las cosas, advierte: «Educan no sólo los hombres y los acontecimientos, sino también las cosas». En el espíritu de la época, sólo agregaremos que las cosas como fin que no sirve a otros fines, o escogidas sin buen gusto, corrompen.

La dialéctica del kitsch está en que él nunca se manifiesta de manera aislada. Si no fuera así, fácilmente podría ser localizado y liquidado de manera gradual, como viene ocurriendo en los últimos tiempos con el baci-

* N. del T. Neckerman: nombre de una conocida firma germanoccidental, que proyecta y produce los más diversos objetos para la vida cotidiana. Éstos están estandarizados en un nivel intermedio entre del lujo y lo accesible para todos.

lo de la viruela en Etiopía, donde, según los médicos, está sufriendo su agonía. Los hombres de la sociedad socialista superan en grados diferentes las supervivencias políticas, morales y religiosas del pasado. Pero su sensualidad sigue siendo, por largo tiempo vulnerable a las tentaciones de la «dulce vida». Ésta viene con el erotismo picantemente sazonado, con la filosofía de «vive el instante que te es dado», con el epicureísmo modernizado, el pragmatismo consumístico y el desprecio hacia los problemas del espíritu. La inercia de la vida sensorial busca satisfacción en las formas de la «dulce vida» heredadas del pasado: en el ciclo heleno-romano-burgués-filisteo, que, a causa de la oposición de las condiciones socialistas, se manifiesta de manera fragmentaria, pero tenaz.

Sobre ese tipo «híbrido» de vivenciación del mundo ha florecido de nuevo, en una forma ligeramente remodelada, el viejo «folclor urbano», en el que no hay ni huella de «lo popular». Al principio él estuvo bajo un «tabú» extraoficial: parecía inadmisibles que el hombre «nuevo» se divirtiera bajo las notas de «No talles con el cincel fino», «Yo vivo para el amor», «Dame vino, tabernero» y «Crisantemos tristes». Cuando la idea del neofolclor fracasó, la música ligera [*estrada*] era considerada un acto de diversionismo, y faltaban canciones originales sobre la vida socialista actual; entonces se acordaron de «los buenos viejos tiempos» y de su ornamentación sonora. Después de la ejecución paródica de *hits* dulzones, que a todos los actores que no habían descubierto a tiempo su voz, les permitió empezar a cantar en *music-halls* y *sketchs*, la «ola retro» atizó la psicosis entre las generaciones encanecidas, y una curiosidad burlona con notas de simpatía, entre los jóvenes. Salían a la superficie las islitas de los suspiros nostálgicos por «la juventud que voló» y el «amor irrealizado»: el tipo de restaurante «Gambrinus»,* las tabernas y moteles. «Balkanton» respondió al imperativo altamente culto del día con una gran tirada de *hits* de aquel pasado no pasado del todo en la conciencia de algunos.¹² Y he aquí que en bodas, banquetes y cenas de amigos, los descendientes de Orfeo empezaron a cantar «Construía Ilía una celda», «Si añoras algún día el aguardiente de Drama» y «Yo tengo dos vecinas». Los *kitschmen* resucitadores de

* N. del T. Restaurante tipo «Gambrinus»: establecimiento en estilo retro, que por su decoración y sus programas recuerda establecimientos de diversión de la época de entre guerras.

¹² Véase también la recopilación *Stari shlagueri*, ed. SPP «Tij Trud», Plovdiv, 1972, así como los diversos *Cancioneros* editados con una carta de autorización del Ministerio de Instrucción Popular y Cultura, que tiene el N° 7728 de junio de 1962.

«lo popular» ser retuerquen el bigote a lo *bai* Gaño ante las entradas monetarias que aumentan en los establecimientos de «recreación cultural», y «el cincel fino» talla y talla por las espirales de la trivialidad. Y mientras activistas del Partido, del Estado y de la sociedad, estéticos, sociólogos y pedagogos discuten programas para la educación estética de todo el pueblo, el kitsch, como el gato Vaska, ronronea y sigue comiendo...*

Y así, en el socialismo el kitsch puede ser engendrado por la contradicción entre ideología y «conciencia corriente», así como por la fusión prematura de estas; por la no-correspondencia entre el ideal del modo socialista de vida y su encarnación concreta en los casos particulares; por la despolitización de la conciencia estética, así como por su total politización. ¿A que nos referimos en este último caso?

Todo principio es válido dentro de límites rigurosamente determinados. Tan legítima y lógica es la exigencia de carácter de clase y partidismo en el arte y la cultura socialistas, como arriesgado es extenderla a objetos, ocasiones y acontecimientos inconvenientes. Los ejemplos son numerosos y comprometedores: exposiciones culinarias pre-congreso con imágenes de líderes políticos, consignas y emblemas del Partido encima de cakes, dulces y lechones asados; las series de *lokum* con inscripciones «25 años de ascenso» o «30 años de revolución socialista»; etiquetas de refrescos, cajas de cigarros y fósforos con llamamientos políticos, «cakes de aniversarios» y «tiradas festivas de la lotería» en ocasión del 9 de Septiembre; pañuelitos de nariz con la imagen de... ¡el Mausoleo de Dimítrov y el monumento de Shipka! ¿A quién le ha hecho falta que en la marcha de la Unión de Cazadores y Pescadores se inmiscuya el Partido? ¿No se percibe la profanación detrás de las notorias «buenas intenciones»? He aquí el estribillo de esa fallida marcha:

Con escopetas de dos cañones y esbeltas cañas de pescar,
cohesionados en la Unión amada,
al paso de nuestro Partido combativo,
¡practicamos deporte y vigilamos!

Hay actividades prosaicas tan necesarias como impropias para una politización abierta y directa. Bustos y retratos de líderes políticos y murales de agitación, baños públicos, restaurantes, tiendas de víveres y dulcerías;

* N del T. Alusión a una fábula de Krylov, en la que un cocinero descubre que un gato, llamado Vaska, está engullendo comida robada, y se limita a reprenderlo largamente con palabras severas, mientras el gato sigue comiendo tranquilo.

«códigos morales» perdidos en rincones polvorientos les recuerdan a los empleados del comercio no sólo que «entreguen su talento» a su trabajo, sino también que mantengan... ¡su higiene personal! ¿Qué es eso? ¿Propaganda de ideas socialistas o ante propaganda que las caricaturiza?

Hemos establecido la incompatibilidad del socialismo con el kitsch, con lo cual no le quitamos su responsabilidad por la existencia de ese fenómeno fastidioso que erosiona la nueva cultura. Pero, ¿acaso su conflicto se resolverá en beneficio nuestro sin la intervención de toda la sociedad? No sólo es necesario conocer el kitsch, sino también guerrear contra él. De lo contrario, estigmatizaremos ideológicamente lo burgués, pero le abriremos las puertas al conformar arquitectónicamente y amueblar edificios representativos, oficinas, establecimientos de «recreación cultural» y apartamentos; escribiremos sobre el estilo «dinámico» de nuestro tiempo, pero amontonaremos bronce, doradura, mármol, caoba, espejos y alfombras, como si no hubieran existido la arquitectura renacentista, ni el VJUTEMAS, el Bauhaus, Le Corbusier, Niemeyer...

Hemos tratado de señalar algunos factores más esenciales del kitsch en nuestras condiciones y eso nos coloca ante la pregunta final de la presente investigación: ¿es aniquilable el kitsch? ¿Es posible la elaboración de un programa para su limitación y liquidación planificadas?

Si, en conformidad con el programa que ya está en acción, los suecos logran erradicar en escala nacional el hábito de fumar tabaco, eso demostrará la posibilidad de liquidar hasta un vicio incomparablemente más tenaz que el kitsch. Tal vez en esto se oculta no sólo la diferencia, sino también lo más pérfido que hay en la naturaleza del kitsch: él le gusta a la mayoría, la predispone, y siempre se adapta a las oscilaciones del gusto masivo. Por eso, una parte considerable de sus concedores y hasta de sus críticos se muestran reservados ante la alternativa «¿kitsch o arte?».

No lograremos eliminar el kitsch —nos aseguró uno de ellos—. Nunca lograremos concluir ese trabajo de Sísifo. El puritanismo que aspira a expulsar todos los enanitos de jardín,* a convertir las personas en ascetas que hagan girar tres veces cada objeto en sus manos para saber si es verdadero o no, es un puritanismo inhumano. Eso nos muestra que el kitsch no es algo «inhumano», porque

* En las dos repúblicas alemanas existe la vieja costumbre, bastante extendida, de colocar como adorno en los jardines privados una figuras —de madera, yeso o plástico— que representan enanitos o gnomos.

una inmunidad absoluta contra toda especie de kitsch traería consigo un ambiente desprovisto de alegría. El ser humano sigue siendo siempre el ser humano. Y puesto que no se puede ser perfecto, a veces es necesario el kitsch como fuerza liberadora de la alegría. A partir de esto no podemos hacer una «apología» de las debilidades humanas. Pero tampoco podemos estar de acuerdo con la opinión de aquellos que desean emprender la completa erradicación de las debilidades humanas. El kitsch es una cosa interesante.¹³

Dudo que alguien crea posible un mundo totalmente inmunizado hasta contra las manifestaciones inocentes, no premeditadas y miméticas del kitsch. Pero, si ahora el kitsch parece realmente imposible de erradicar, ¿por qué se desdeñan las numerosas demostraciones del pasado, cuando era desconocido, así como los precedentes de una cultura, un arte y una moral nuevos, libres de añadiduras de banalidad? En un artículo, el sociólogo italiano Giorgio di Geneva propone una concepción correcta en principio, pero simplista, respecto a las perspectivas de la lucha contra el kitsch y el mal gusto. Para liberarnos de ellos sería «necesaria la edificación de una nueva sociedad, que se base en firmes valores socialistas».

Pero, desde las posiciones de nuestra experiencia, hemos establecido ya que *a pesar de* la revolución el dicho continúa existiendo; que *a pesar de* su incompatibilidad con el socialismo adquiere dimensiones inquietantes; que a pesar de «los firmes valores socialistas» mucha gente de la nueva sociedad prefiere el kitsch; que los llamamientos y amenazas contra él por la radio, la televisión y la prensa no han hecho vacilar de manera sensible su posición, y los intereses comerciales siguen prevaleciendo sobre las consideraciones estéticas.

Por más que dependan una de la otra, no debemos identificar la *gradual limitación* del kitsch en el socialismo con su *erradicación*. Mientras exista el capitalismo y la nueva sociedad madure paulatinamente para el tránsito al comunismo; mientras no desaparezcan los últimos restos de la tradicional división del trabajo, y el intercambio de productos no sustituya la forma mercantil de producción y consumo; mientras el talento no se convierta, de excepción, en una capacidad ampliamente extendida, y la estetización de las relaciones no se haga realidad; mientras al fin la gente no empiece no sólo a crear, sino también a vivir según «las leyes de la belleza» (Marx), el kitsch parecerá un «pecado original», una «sombra fatal»,

¹³ «Geliebter Kitsch», *Magnum*, 1961, XXII, p. 35.

una «debilidad antropológica» del hombre. Pero ese «mientras» no debe oprimir con su vaguedad los procesos que lo convertirán gradualmente en pasado, sino que debe estimularlos. Desde luego, el hombre alcanzará un grado de perfección y se quedará atrás respecto de un grado más alto, pero, puesto que en su naturaleza está ínsito el principio prometeico, será feliz con lo alcanzado y estará insatisfecho de ello, cometer a errores y se superará, se alegrará de lo creado y se entusiasmará con lo que espera.

En los momentos de descanso y feliz relajación, anhelará confort, música agradable, arte que distraiga, y con interés echará mano también a lo que haya sobrevivido a nuestra época, enmudecido mucho tiempo antes. Tal vez entonces el kitsch, si se ha conservado por aquí y por allá como un abigarrado signo pictográfico o un sonido del pasado, le contará mejor que una investigación científica por qué peripecias pasó el gusto humano antes de que la sociedad se estetizara; que hubo seres de un tipo de transición entre el hombre de Neanderthal y el hombre «universal», llamados filisteos y neofilisteos, que «consumían» el arte y a ese fin lo almibaraban; que, a los ojos de ellos, la posesión de cosas era un patrón de dignidad, y el cambio neurótico de las modas ocultaba la falta de espíritu o su carácter estático; y que algunos científicos consideraban todo eso como un prototipo de una cultura «totalitaria no-violenta», «mundial» y «universal» (A. Moles), y los más presuntuosos y excéntricos se declaraban hasta reyes del mal gusto y del kitsch (S. Dalí)...

Cuando una cultura es incapaz de oponerse a las tendencias que la descomponen, se esfuerza por asimilarlas mediante una ampliación de las fronteras de la compatibilidad. El kitsch ha recorrido el camino que va desde un «épater les bourgeois» hasta un complemento picante al puritanismo del *design*, un divertido juego del arte con sus dobles que lo caricaturizan, presentados como «el último grito de la moda». Pero la estetización de la banalidad no ha aliviado el fin de ninguna clase condenada, tal como la tanatofilia no elimina el temor ante la muerte. Los antiguos griegos creían que los dioses castigaban a las personas que se habían envanecido, privándolas de la razón. ¿Será que también los dioses, influidos por la mitología de moda, habrán enviado a la sociedad de consumo el kitsch como un consuelo antes del fin? Pero si el mundo burgués coquetea hasta con sus vicios, nosotros no tenemos derecho a resignarnos siquiera a nuestras debilidades transitorias. Y una de ellas, sin duda, es el kitsch...